12

Cuadernos

Feminismo liberador frente a neoliberalismo trans

Pilar Aguilar Carrasco

EDITORIAL
DIGITAL
FEMINISTA
VICTORIA SAU

Editorial Digital Feminista Victoria Sau
Barcelona, julio 2022
Autora: Pilar Aguilar Carrasco
Título: *Feminismo liberador frente a neoliberalismo trans*
Diseño gráfico y maquetación: Rosa Marín Ribas

Usted es libre de

Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

- **RECONOCIMIENTO (attribution):**
  En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia será necesario reconocer la autoría.
- **NO COMERCIAL (non commercial):**
- La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **SIN OBRAS DERIVADAS (non derivate works):**
- La autorización por explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.
- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene permiso del titular de los derechos de autora.
- En esta licencia nada se menoscaba o restringe de los derechos morales de la autora. Los derechos derivados de usos legítimos o otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por la anterior.

Cuadernos **12**

Feminismo liberador frente a neoliberalismo trans

Pilar Aguilar Carrasco

EDITORIAL
DIGITAL
FEMINISTA
VICTORIA SAU

Pilar Aguilar Carrasco

Desde los noventa, Pilar Aguilar investiga sobre didáctica y pedagogía de los audiovisuales y sobre la imagen de las mujeres en la ficción audiovisual. Sus trabajos tratan de «hacer visible lo invisible» a fin de poner de manifiesto la distorsión machista y patriarcal de la mayoría de las representaciones.

Actualmente es Presidenta del partido *Feministas al Congreso*.

Últimos libros publicados: *El papel de las mujeres en el cine*, Ed. Santillana, 2017, *Feminismo o barbarie*, Vol. I, Ed. La Moderna, 2018, *La imagen te ciega. Manual básico de análisis audiovisual*. Ed. La Moderna, 2019 y *Feminismo o barbarie*, Vol. II, Ed. La Moderna, 2021.

Feminismo liberador frente a neoliberalismo trans

Pilar Aguilar Carrasco

Introducción

En este artículo analizaré algunos de los argumentos que el feminismo esgrime contra el transactivismo (no contra los transexuales, como luego explicaré).

No podré abordar todos los aspectos. Y, concretamente obviaré los jurídicos, que son, sin embargo, sumamente importantes[1]. Por otra parte, los argumentos que expondré no son nuevos. Yo personalmente publiqué mi primer artículo sobre transactivismo en enero de 2020 y, en estos más dos años y medio, he escrito insistentemente, analizándolo desde los más diversos ángulos.

¿Entonces? ¿Por qué volver otra vez sobre él? Pues porque no estamos ante un asunto menor al que podemos dar alegremente carpetazo. Como argumentaré en estas páginas, el transactivismo supone un ataque pernicioso contra la infancia y adolescencia, un grave retroceso para los derechos de las mujeres, un intento de anular la agenda feminista y, más ampliamente, una maniobra destinada a desarmar las luchas sociales, propagando la ideología neoliberal.

Insistimos porque nuestras antepasadas feministas nos enseñaron a ser tenaces e infatigables en la exposición y la defensa de nuestros

---

1 Para quienes tengan interés: he aquí un informe jurídico muy completo: https://irp.cdn-website.com/2fb7ae38/files/uploaded/POSICIONAMIENTO%20SOBRE%20PL%20LEY%20TRANS%20PFAC.pdf

argumentos, pues las batallas se ganan con tesón y perseverancia, insistiendo sin desmayo. Así, las sufragistas inglesas pelearon durante 60 años (sí, 60) hasta conseguir el derecho al voto. De modo que, nosotras, las feministas de hoy, no cejaremos hasta que la razón no se imponga y la agenda feminista no vuelva a cobrar la importancia que tiene.

No contra los/las transexuales

¿Nos oponemos las feministas a que las personas transexuales tengan derechos y una vida digna? Por supuesto que no. Y son muy cínicos quienes nos acusan de lo contrario.

Cuando estos últimos, con tono solemne e incluso engolado, reclaman «derechos humanos para los trans» (no suelen emplear la palabra transexual sino la de trans, mucho más imprecisa y cajón de sastre) ponen especial cuidado en no especificar nunca a qué derechos humanos se refieren… Porque, en efecto ¿de qué derechos humanos carecen las personas transexuales (o incluso las personas trans)? Claro que, Noelia Vera, cuando era alto cargo del Ministerio de Igualdad, declaró: «La determinación de género es un derecho humano» ¿Qué artículo de la Declaración de los Derechos humanos dice tal cosa? Da vergüenza ajena oír afirmaciones tan indocumentadas y burdas.

La táctica transactivista consiste en reclamar «derechos humanos» sin especificar nunca de qué derechos se trata. Y no lo hacen porque no les interesa. Se llenan la boca con «derechos humanos» a sabiendas de que nadie, medianamente decente, se opone a que todos los tengamos. Pero, si no especifican de qué derechos se trata, es porque, en realidad, lo que piden no son derechos sino leyes que conceden privilegios. No les importa si esos privilegios conculcan los derechos y la dignidad de otras personas. Usan, pues, el viejo truco de dar gato por liebre. Siento decirlo, pero son muy tramposos. Así, el proyecto de ley trans presentado por el gobierno a las Cortes, prevé cuantiosas

multas y castigos para quienes disientan de los postulados transactivistas. Ojo, no para quien agreda a una persona transexual, no, sino para quien, por ejemplo, discuta su realidad biológica. O, por ejemplo, si una niña de 14 años le dice a su profesora: «Soy hombre. A partir de mañana empiezo a tomar hormonas y me apunto en la lista de la seguridad social para que me hagan una mastectomía». La profesora puede ser duramente penalizada (con graves multas o sanciones profesionales) si replica: «Tienes que hablar con tus padres. Tienes que pensar en el significado y la trascendencia de lo que dices. Ahora estás segura, pero ¿te va a embarcar en un tratamiento de consecuencias irreversibles? Debes consultar con una psicóloga para ver cuál es la raíz de ese rechazo que sientes hacia tu cuerpo».

¿Cómo esos supuestos defensores de los derechos humanos pueden castigar con tal brutalidad a quien cuestione las decisiones de un o una adolescente? Porque, en efecto, los derechos humanos señalan que cada cual es libre de tener la ideología o las creencias religiosas que desee o de crear proyectos para sí y de adoptar unas u otras formas de vida. Nadie puede ser humillado por sus posiciones ideológicas, sus gustos, sus deseos, sus credos, sus dogmas, sus maneras de ser y estar en el mundo (siempre que no dañen a terceros, claro)… pero tampoco nadie puede obligar a otro a compartir esas opciones. Yo no puedo mofarme de una persona porque sea cristiana o musulmana, pero sí puedo ser radicalmente descreída y crítica con las religiones. Y, sobre todo, según la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, un cristiano no puede obligarme a llamar «padre» a un cura, ni obligarme a creer que ese señor desempeña «un ministerio divino» o tiene capacidad para «perdonar mis pecados»… Pues algo similar es lo que exige el transactivismo respecto a la religión queer.

En definitiva: las feministas defendemos que las personas transexuales han de tener los mismos derechos que cualquier otro humano. Concretamente decimos que las personas transexuales han de ser respetadas, no agredidas ni vilipendiadas, aunque también señalamos que no pueden obligarnos a las demás a compartir sus creencias.

Y por eso es repugnante que se intente acallar nuestras opiniones alegando que, disentir de esas leyes significa a odiar a las personas transexuales. Acusarnos de tal falacia equivale a acusar a quienes se oponen al nazismo de odiar a los alemanes.

Repito: el feminismo no tiene nada en contra de las personas transexuales. Pero ninguna feminista está obligada a «amar» o considerar maravillosas a todas y cada una de las personas transexuales que conoce o que existen. Del mismo modo que ser antirracista no consiste en afirmar que todos los negros son «divinos». Decir tal cosa indicaría, no antirracismo, sino paternalismo repugnante (o bobería supina, a elegir).

Aclaramos, una vez más, que el problema entre el feminismo y el transactivismo no se plantea a nivel de personas, ni de individualidades, ni de odios o inquinas viscerales sino de política, de derechos, de realidad social, como más adelante explicaré.

Concretamente, el feminismo se opone a cualquier pretensión que conlleve perjuicio para las mujeres, venga del colectivo que venga. Y se opone, en primer lugar, porque **las mujeres no somos un colectivo sino la mitad de la humanidad** y, en segundo lugar, porque **no creemos en lo bien fundado de ninguna demanda si coarta o anula los derechos de las mujeres**.

Repito, pues: No nos oponemos a que las personas transexuales tengan derechos, sí nos oponemos a que tengan privilegios, sobre todo si esos dañan a terceras personas y, concretamente a las mujeres.

En resumen, si se quiere tener un debate medianamente serio, el planteamiento de base han de ser estas peguntas:

1. ¿Las leyes que existen contra la discriminación de personas y grupos vulnerables no son adecuadas y suficientes? ¿Por qué?

2. ¿En qué aspectos han de ser especialmente protegidas esas personas? Las normas que reclaman ¿solo deben valer para los/las transexuales y no para todas las personas, grupos y colectivos vulnerables?

3. ¿Hay que atender las reclamaciones de grupos y colectivos si perjudican los derechos de otras personas?

4. ¿Todas las personas transexuales (bueno, y según los transactivistas, todas la personas trans…) han de considerarse «personas en riesgo de exclusión social» han de tener acceso automático a las ayudas especiales? Ojo, nadie más, solo por el hecho de pertenecer a un grupo o colectivo vulnerable (gitanos, negros, emigrantes, personas con discapacidad, etc.) tiene acceso automático a ninguna ayuda sin el aval favorable de profesionales acreditados.

Aclarar conceptos: sexo/género

Para acotar los términos del debate, también conviene empezar aclarando los conceptos básicos.

El sexo no es construcción cultural. Es naturaleza. Lo que no se contrapone con que haya una infinita gama de variantes corporales. Igual que no hay dos narices iguales, pero todos y todas tenemos una. Así, en lo relativo a las características sexuales externas, encontramos mujeres con mamas grandes o pequeñas; hombres con barba cerrada o barbilampiños; mujeres con una extraordinaria fuerza física y hombres carentes de ella, etc. Pero no significa que una mujer, por el hecho de tener caderas estrechas es «menos mujer». Ni significa que un hombre, por no ser bajito, sea «menos hombre». Y no lo significa porque el sexo está marcado en los cromosomas de todas y cada una de nuestros **30 millones de millones** de células. Y el sexo es binario: macho o hembra. Cierto, hay casos de alteraciones genéticas, pero esos casos no invalidan la afirmación científica de que somos seres sexuados (como todos los mamíferos, todas las aves y la inmensa mayoría de los peces). Igual que somos bípedos, aunque, a veces, nazcan humanos con una sola pierna o con tres.

Lo que está claro (claro desde la biología) es que **el sexo no es una construcción cultural. Es cultural la forma de vivir y percibir esta realidad sexuada, no la realidad genética.**

Resulta pasmoso que ahora, en el siglo XXI, se cuestione tal evidencia científica. Como si, además, ser seres sexuados constituyera algo malo, nocivo, pecaminoso, una tara, una vergüenza que se debe ocultar. Como si cualquier otra opción biológica reproductiva —hermafroditismo, partenogénesis, fragmentación, gemación, etc.— fuera preferible… ¿de verdad vamos a connotar una realidad biológica con semejante carga moralmente negativa?… Cierto, quizá fuera estupendo tener cuatro brazos que pudieran extenderse, encogerse y moverse como los tentáculos… Así, sin levantarnos del sofá, podríamos coger la taza de café que hemos olvidado sobre una estantería a dos metros. Sí, quizá fuera estupendo, pero no por eso podemos negar la evidencia (aunque algunos la vivan como limitación) de que tenemos dos brazos y que anatómicamente están formados por una serie de músculos y huesos articulados de una determinada manera. Y, cierto, sí, hay brazos gruesos y flacos, largos y cortos, fuertes y débiles, peludos o sin pelo… A veces, incluso, nace algún humano con tres brazos o con ninguno… Pero a nadie se le ocurre negar que tenemos dos… Con el sexo, sin embargo, viven obsesionados por declararlo un invento… No es que cuestionen, como hace el feminismo, la estructura de los dos géneros construidos por el patriarcado no, es que niegan que existan dos sexos…

El feminismo, por el contrario, no niega el sexo, sino que ataca al género y afirma: ser genéticamente mujer no ha de limitar nuestros derechos cívicos, ni políticos; los genes femeninos no conllevan sumisión, ni condenan al maltrato, al abuso, ni a la merma de proyectos vitales. El problema no es el sexo, no son los genes, es el corsé genérico impuesto y es ese corsé el que debemos dinamitar.

Pero, por el contrario, muchos transactivistas se empeñan en refutar que seamos seres sexualmente binarios. Algunos apelan a John Money, el cual no negó el sexo, pero estipuló que es el resultado de la combinación de cinco componentes biológicos: el sexo genético, el

hormonal, el gonadal y la morfología de los órganos reproductivos internos y de los externos. Ya es curioso que parezca conceder el mismo peso a los cromosomas que a las hormonas o a la morfología… Pero, ahondemos en tan «brillante» teoría: ¿en qué combinación de los «5 elementos» se establece la línea divisoria entre uno y otro sexo? ¿O sacamos la conclusión de que no la hay, de que los humanos no somos machos o hembras –como todos los demás mamíferos u ovíparos- sino una gradación? O sea, que hay hombres «muy hombres» y mujeres «muy mujeres» y, entre medias, un combinado, más o menos claro… Y resulta asombroso escuchar a toda una ministra (o sea, una autoridad importante del estado) intentando «razonar» contra el binarismo sexual en esta línea… Tan asombroso como sería escuchar a la Ministra de Educación diciendo que, puesto que existen enormes extensiones planas —como la Pampa, por ejemplo— no está claro que la tierra sea redonda. Siguiendo este mismo «razonamiento», una mujer menopáusica, como produce menos estrógenos y menos progesterona ¿ya pasa a la «categoría hombre»? Un hombre, al que por problemas médicos (cáncer, por ejemplo) se le extirpa un testículo ¿es más femenino?

O, como esos cinco componentes (sexo genético, hormonal, gonadal y morfología de los órganos reproductivos internos y de los externos) también se da en los demás animales sexuados ¿tampoco hay perros, caballos y yeguas? ¿Antes de saber si tenemos cinco gallinas y un gallo hemos de llevarlos al veterinario a que les haga los test pertinentes que midan y tasen los cinco elementos?

¿Qué implica este delirio? ¿que cualquier recién nacido -aunque presente órganos genitales masculinos o femeninos bien definidos- debe ser sometido a una batería de análisis antes de determinar si es niño o niña? Es más, como en la adolescencia las hormonas cambian y la morfología de los órganos reproductivos también ¿volvemos a pasar la batería de exámenes? ¿O significa que, como dicen los supermodernos-guais, no sabemos si un recién nacido es del sexo masculino o femenino hasta que no nos lo diga…?

¿Quién niega, por obtuso que sea, que existen cabras y chivos, toros y vacas? Todos admiten (digo «todos», pero seguro que hay alguien

que no, pues sabemos que «hay gente pa tó») que, si bien cualquier animal sexuado es igualmente una combinación variable de los famosos cinco componentes, su sexo está claro. Pero, no sabemos por qué truco de magia, en los humanos, sin embargo, eso no ocurre.

En definitiva, según aseguran, el sexo no se constata al nacer, sino que se atribuye, se asigna. Hemos de suponer, pues, que anda por el paritorio un médico, una partera, un enfermero, un ujier, o un familiar que decide: «Venga, vamos a atribuirle/asignarle a esta criatura el sexo mujer». Dicho así, suena a broma, pero, aunque se diga de manera retorcida y llena de «palabros» no deja de ser un supuesto alucinante y patético (alucinante y patético, pero que intentan legalizar).

¿De verdad necesitan «naturalizar» (es decir, justificar en la naturaleza) la existencia de transexuales? ¿De verdad hay que negar que somos seres sexualmente binarios para admitir que existen personas que no aceptan su realidad biológica y corporal?

Claro que no todos los transactivistas sostienen lo mismo. En el transactivismo hay varias corrientes (aunque curiosamente ninguna critica a la otra aun cuando postulen cuestiones radicalmente distintas).

Así, hay transactivistas que admiten que el sexo existe, pero defienden que no reviste mayor importancia. Dicen que tener genitales masculinos o femeninos es de rango similar a tener ojos negros o azules, pelo rubio o moreno. La materialidad corporal es irrelevante porque lo que importa es el cerebro. Y, por supuesto, hay cerebros rosas y azules. Y ya nacemos con uno u otro. Dicen que, por lo general, nuestro cerebro concuerda con el sexo «asignado o atribuido» al nacer (lo de asignado o atribuido es dogma para todas las tendencias transactivistas). De modo que, cuanto ese bebé empieza a crecer, ha de observarse su conducta. Y si su conducta no concuerda con la patriarcalmente definida para su sexo, no pasa nada, simplemente -sin cuestionar esa percepción, sin considerarla distorsionada, sin darle mayor importancia- se procede a acomodar y adaptar el cuerpo al cerebro: primero se cambia el nombre de la criatura, la ropa, los colores que la acompañan, sus juguetes, etc. y luego, antes de la pubertad,

a ser posible, se le empieza a dar hormonas a fin de bloquear las importantes transformaciones corporales de la adolescencia. Más tarde, se pasa por el quirófano (este proceso de pasar por el quirófano rara vez se resuelve en una operación, sino que suele requerir múltiples intervenciones «adaptativas»…). En definitiva, se trata de amoldar el cuerpo al «cerebro» (en fin, lo llaman cerebro, pero nada que ver con lo que científicamente se considera tal, pues su concepto está mucho más cerca de lo que el cristianismo considera alma). Esta corriente es la propugnada por *Chrysallis* y Cía. Lo terrible es que se difunde y predica por los centros educativos utilizando diversos materiales ad hoc, destinados a padres, madres, profesorado o alumnado. Nota: tanto la asociación como los cursos y las publicaciones están financiados por el Ministerio de Igualdad y por Delegaciones, Diputaciones provinciales, etc. O sea, este delirio acientífico lo pagamos con dinero público. Claro que también pagamos las clases de religión…

¡Qué lejos quedaron aquellos tiempos en los que, al acercarse navidad, por ejemplo, se hacían campañas propugnando que no hay juguetes de niño o de niña, que tanto unos como otras deben jugar a lo que quieran sin vetos sexuales ni genéricos de ningún tipo!

Pero, también hay transactivistas que opinan que no es necesario tomar hormonas ni operarse, ni cambiar absolutamente nada, que basta con «sentirse» mujer. O sea, un señor con una poblada barba de 20 centímetros y/o que vaya presumiendo de pene kilométrico (como hace en sus intervenciones Elsa Ruíz, por ejemplo), puede declarar «Soy mujer», y tanto el registro civil como cualquier ciudadano o ciudadana ha de aceptarlo. Y, a partir de esa autodefinición, ya puede competir deportivamente con mujeres, alojarse en las casas de acogida previstas para estas, ser encarcelado en módulos femeninos, ocupar puestos en las listas paritarias, etc. etc.

En resumen, la gama de transactivistas es amplia: abarca desde quienes niegan que exista el sexo, hasta quienes sostienen que su existencia es irrelevante pues lo que importa, lo que define, lo determinante es el sentimiento, la pura autopercepción.

El problema es el género, no el sexo

Algunas militantes transactivistas que se reclaman de la teoría queer (aunque la teoría queer es ya un conjunto de dimes y diretes bastante variopinto en el que cabe todo y que, en ciertos casos, poco tiene que ver con lo que Butler dijo) sostienen que su objetivo es acabar con los géneros, pero que «elles» quieren hacerlo mediante lo que en la terminología queer se formula como «multiplicación paródica» de los mismos. No solo no hay dos géneros es que hay infinitos… Lo estupendo y guay es que cada cual defina el suyo.

Cuando nos oyen a las feministas decir que el género es opresivo y limitativo nos miran como si fuésemos locas: ¿Opresivo, limitativo, coercitivo? Solo lo es si no se corresponde con el que sientes y deseas. Solo lo es si te ponen trabas para declararte del que te consideres o te inventes.

Aseguran que una persona que genéticamente sea hombre, pero viste de «señorona» al tiempo que lleva barba, contribuye a minar el binarismo genérico… Nosotras, las feministas, decimos que lo que ha contribuido a minar ese binarismo ha sido la lucha feminista. Decimos que si ser mujer hoy, en los países occidentales, no conlleva algunas de las espantosas normas que conllevaba hace poco tiempo (privación de derechos civiles y políticos, veto para acceder a los estudios superiores, obligatoriedad legal de obedecer al marido, etc.) e incluso si ser hombre ha perdido rigidez, se debe a la lucha feminista, no al hecho de que unos cuantos hayan podido saltarse individualmente algunas convenciones más o menos folclóricas.

Vale, se divierten, pero ¿de verdad alguien cree que esta pareja logra avances de liberación para las mujeres?

Y que quede claro una vez más: las feministas no nos oponemos a que alguien se imagine un género y viva conforme le dé la gana. **Nos oponemos a que esos gustos, opciones, fantasías o como se quieran llamar, se transcriban en leyes, perjudiquen a las mujeres, nos borren del mapa, trivialicen la realidad de lo que hoy en día supone ser mujer, nos anulen simbólicamente, ocupen nuestros espacios y nos dejen inermes**. Y nos oponemos al destrozo de la vida de tantos y tantas jóvenes que están creyendo que, con unas pastillitas y un liviano pase por quirófano, solucionarán sus problemas vitales y dejarán de ser los acosados del centro de enseñanza para convertirse en héroes envidiados por su «valentía».

A veces nos acusan de esencialistas por afirmar que la biología es real. ¿Esencialistas? ¿Es esencialista afirmar que tenemos dos riñones? El feminismo no piensa el sexo como esencia sino como realidad científica que no se puede cambiar. El esencialismo es de quienes consideran esencial para su vida cambiarse de género.

El sexo es realidad biológica, pero el género es una construcción del patriarcado que se nos impone en función de nuestros genitales, con el agravante (muy agravante) de que, para las mujeres, va unido a la sumisión.

El análisis feminista señala que, en base a la dualidad genética humana, la sociedad patriarcal ha creado una rígida estructura dualista que impregna, ordena, jerarquiza todas las realidades, tanto individuales y psicológicas como colectivas y sociales. Y ese es el problema. Problema grave sobre todo para las mujeres porque, como hemos apuntado, esa estructura es clamorosamente asimétrica e injusta: los hombres en su conjunto gozan de una situación de privilegio sobre las mujeres en su conjunto.

Para el feminismo el sexo es biología y el género es cultura. Esto ya lo dijo claramente Simone de Beauvoir: «No se nace mujer, se llega a serlo». Nacemos siendo biológicamente mujeres, cierto, pero, lo que hoy significa y conlleva «ser mujer», ese enorme conglomerado de mandatos e imposiciones totalmente arbitrarias, ese lugar asignado

en la inmanencia nos ha sido atribuido por la cultura. De Beauvoir, dedica su libro, *El segundo sexo*, justamente a la demostración de que la desigualdad, las limitaciones, las características que conforman el género femenino no son naturales ni consustanciales con nuestro sexo sino culturales, artificiales, arbitrarias, abusivas e impuestas.

La estructura patriarcal —esa que, partiendo de nuestro sexo, nos convierte en mujeres u hombres prisioneros de los roles de género— es columna vertebral de la sociedad humana desde hace miles de años y aunque debilitada en algunos aspectos y sociedades —debilitada gracias a la lucha feminista— sigue conformando, formateando y jerarquizando a todos los seres humanos.

En definitiva, las feministas creemos que, tal y como señala Amelia Valcárcel, «Ser individuo no es asunto individual».

Es decir, más allá de lo personal, toda la organización social, económica, cultural se funda en el dualismo genérico. El patriarcado se estructura en torno a dos tipos de roles y funciona sobre la explotación y sumisión de la mitad de la humanidad a la otra mitad.

El feminismo no combate, pues, la dualidad biológica sexuada de la humanidad. El feminismo sabe que el problema no es el sexo sino el género. El objetivo del feminismo no es que las personas cambien de género sino **destruir el género, dinamitar esos corsés, lograr un mundo donde no se le impida a nadie —en función y razón de su sexo— construirse y construir su vida como desee**.

La frivolidad transactivista

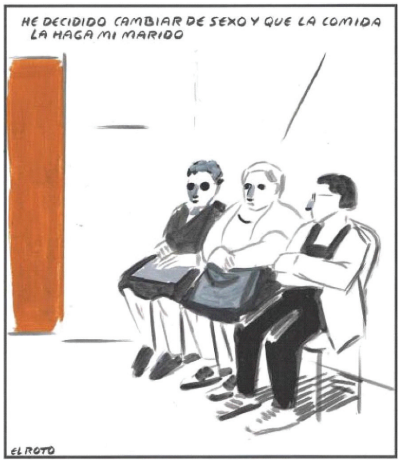
Pero, como ya comentamos, para los transactivistas, el sexo biológico, o no existe (solo es asignado, fluctuante, gradual, cultural) o existe, pero no tiene mayor importancia, pues lo que importa es el género.

En su empeño por «naturalizar» y trivializar la transexualidad, predican que tener genitales de hombre y declararse mujer es la mar de «normal», asunto baladí que no supone ningún problema y no tiene mayores consecuencias ni problemáticas personales psicológicas y/o corporales.

Para el transactivismo, el género no es un sistema de opresión sino un simple conjunto de reglas superficiales y electivas libremente asumidas, una especie de rol teatral. En consecuencia, si alguien no se siente a gusto con el género que «le asignaron», puede «migrar» al otro. Se trata de jugar a la «multiplicación paródica de los géneros», según la conocida expresión de Butler.

Cambiar de género tiene, pues, la misma trascendencia que teñirse el pelo: si no te gusta ser rubia, vas a la peluquería y te tiñes de morena, o, si buscas la originalidad, te tiñes media cabeza de azul y la otra de verde, o, si odias el binarismo, te das mechas de múltiples colores.

Nosotras sabemos que los géneros no son naturales (no están en los genes) y, por lo tanto, podamos combatirlos, minarlos, debilitarlos (y, en nuestro horizonte utópico está el objetivo de acabar con ellos) pero eso no significa que sean una especie de disfraz de quita y pon, como sostienen algunos transactivistas.



Caso práctico: señora casada, con dos hijos, trabajo mediocre, sueldo, no digo ya miserable, sino justito, agobiadísima de llevar todo el peso de la casa y el cuidado de la familia a sus espaldas… ¿qué salidas tiene? Con la nueva ley podrá ir al juzgado y declararse hombre. ¿Tan maravillosa libertad cambiaría su vida? No. Sí la cambiarían, por ejemplo, leyes y medidas de mejoras laborales y de servicios sociales, de conciliación o

de educación antipatriarcal. La cambiaría saber que, si harta de su marido (o harta de ser abusada, explotada, ninguneada, incluso maltratada) decide dejarlo, recibirá ayudas para cuidar de los hijos y para pagar piso, comida, luz.

Hay personas con problemas de obesidad mórbida que no logran controlar su peso y cuya única solución es someterse a una reducción de estómago. De igual manera hay varones y mujeres que tienen un problema profundo para aceptar su realidad biológica sexual (porque sí, es un problema) y sabemos que algunos no logran superarlo con terapia psicológica. Para esas personas, la salida menos mala es la transexualidad. Ya hay una ley que ampara tal proceso. Nadie se opone a que, cumplidos determinados protocolos, esas personas puedan cambiar el registro civil con todas sus consecuencias.

Pero el transactivismo actual rechaza esas normas y se opone frontal y radicalmente a cualquier tratamiento y evaluación profesional. Solo la propia persona puede decir «quién es» y solo ella puede decretar si toma hormonas o se opera. Y esto desde la más temprana edad. Según Mar Cambrollé, una de sus más «reputadas» portavoces, tal cosa se sabe perfectamente incluso a los tres años, no digamos ya a los 8… Claro que a los 4 un niño puede saber perfectamente que es Superman. Y a los 7 puede saber perfectamente que no le gusta la verdura ni la fruta que solo quiere alimentarse con Doritos, Kinder, Crunchie y pasta… Y a los 13 puede que sepa perfectísimamente que no le gusta estudiar, que quiere abandonar la escuela ya, sin más tardanza, y quiere hacerse pastor de ovejas. Y que lo quiere inmediatamente, sin más dilación pues de eso depende su felicidad…

Sí, a los fans transactivistas, la palabra terapia les agrede profundamente. Dicen que patologiza. No patologiza tomar hormonas de por vida ni pasar por el quirófano, no. Patologiza inquirir sobre las causas de ese rechazo hacia la propia realidad corporal, llámese disforia, incongruencia de género o como se quiera llamar…

Parece lógico consultar un o una terapeuta ante cualquier otro malestar psicológico: tristeza o angustia persistente, problemas familiares y

de pareja, desvalorización de la propia imagen, percepción distorsionada de sí mismo/a (anorexia), bulimia, etc., pero no merece opinión profesional ninguna:

- ser genéticamente hombre o mujer y sentir que, antes que aceptar esa realidad biológica, prefiere medicarse de por vida, amputarse el pene o las mamas, implantarse pechos de silicona o penes simulados y toda una serie de operaciones y manipulaciones corporales…

- O tener genitales masculinos y no desear el más mínimo cambio corporal ni de apariencia, pero asegurar con total certeza y seriedad que se es mujer.

- Creer que ya se nace con un cerebro masculino o femenino. Exigir que compartamos esas creencias acientíficas, igual que la Iglesia Católica nos exigía creer que la virgen María siguió siendo virgen después del parto….

En fin, dicen que vivir una serie de percepciones que contradicen radicalmente la realidad no requiere consulta psicológica, ni ayuda de ningún tipo.

Sostienen que nadie mejor que uno/una misma para saber lo que te pasa, lo que eres y cómo te sientes… Del mismo modo, nadie mejor que tú para saber que eres alemán, aunque nacieras en Utrera de padres españoles desde tiempos inmemoriales ¿o no?

He aquí unas cuantas autoproclamadas mujeres… Tal cual, sí.

Consideran un grave atentado contra la libertad personal pensar que una chica de 15 años que, de pronto, dice que es hombre consulte con una psi. Les parece tan horroroso pedir algo así que, como ya dije, la ley reclama graves penas para quien se atreva a insinuar que esa chica debe reflexionar, ayudada por un/una profesional, sobre el origen de su malestar y sobre si el camino que va a emprender es adecuado para solucionar su estrés, su desazón, su disconformidad, su congoja…

Repito (repito porque cuesta creerlo): los transactivistas dicen que solicitar esa terapia es una agresión insoportable que debe estar prohibida y duramente penalizada por ley. Ante cualquier disconformidad entre la realidad corporal y el deseo, solo cabe aprobar y jalear este. Defienden que una o un preadolescente (e incluso un niño de tres años) es capaz de autodiagnosticarse… En este asunto, claro, no en otros.

Un adolescente manifiesta que para él es vital ser jugador de baloncesto y que, si no lo consigue, se suicidará. Pero necesita medir 1,90. Reclama, pues, tomar hormonas de crecimiento ¿quién considera que la respuesta acertada es medicarlo sin más?

Una adolescente afirma que sus mamas son pequeñas y juzga fundamental tenerlas notablemente grandes. No se ve ni se concibe a sí misma de otra manera ¿qué respuesta le damos?

Un o una adolescente se ve gorda a pesar de las evidencias de que no lo está. Reclama una operación para reducir el estómago ¿qué hacemos?

Pero si ese o esa adolescente pide hormonas y operaciones para cambiar de sexo, nadie puede poner la más mínima objeción…

Cuestionar su autopercepción (no agredir, sino cuestionar), exigir una atención psicológica y médica dicen que estigmatiza… Eso aseguran.

Así estamos, a esta locura hemos llegado.

Nosotras decimos que nos parece totalmente descabellado que baste con una autodeclaración para cambiar de género. ¿Por qué no se

puede pedir una evaluación médica y psicológica? ¿Es más humillante que las evaluaciones médicas y psicológicas que constantemente se les requieren a otras muchas personas de los más diversos colectivos y por los más diversos motivos? ¿más humillante que las evaluaciones requeridas para obtener el carné de conducir o el permiso de armas? ¿se puede patologizar a quien reclama medicinas contra la depresión y no a quien rechaza su cuerpo? ¿Por qué esta última persona «sabe perfectamente lo que es, siente y quiere» y la primera ha de pasar por «humillantes consultas»? ¿acaso ella, contrariamente a la anterior, no sabe mejor que nadie que está deprimida y que no puede con su alma?

Nosotras, las feministas, afirmamos que tales situaciones no son baladíes, que las decisiones que se tomen son extremadamente importantes pues marcarán profundamente el cuerpo y, en último extremo, la vida; que son, incluso, peligrosas para la salud, sobre todo de niños/niñas y adolescentes.

Sí, nos preocupa saber que, cuando salgamos de esta locura, para algunos y algunas será demasiado tarde.

Los mantras

Contra las feministas se lanzan acusaciones sin cuento. Voy a comentar dos especialmente recurrentes.

Dividimos al feminismo

La verdad es que, a veces, cuesta no enfadarse ante tanto cinismo como utilizan para atacarnos.

Así, repiten —sin contención lógica ni coherencia alguna— que, al cuestionar el transactivismo, dividimos el feminismo (el mismo argumento usan para acallarnos cuando denunciamos la prostitución).

En una entrevista, Beatriz Gimeno declaró: «No entiendo tampoco el objetivo de ponerlo en el centro del debate ahora, cuando estamos en un momento en el que la extrema derecha del mundo realmente sí es un peligro y hasta el punto de que parece que se intentan romper muchos consensos básicos que se habían conseguido y que habían hecho del feminismo en este país la vanguardia».

La frase no tiene desperdicio: o sea, el Ministerio de Igualdad presenta, sin consultar con nadie, una ley que las feministas no compartimos; se dedica compulsivamente a publicitar por todos los medios a su alcance el transactivismo, pero, según dicen, actuar así no rompe «los consensos básicos» (¿quién fijó esos consensos? y ¿cuándo?). Cuestionar o criticar esas actuaciones sí los rompe…

Traducido, nos está diciendo: «Cállate porque, si no te callas, eres una mala compañera que divide»… Dos personas viven en un lugar, una de ellas dice «Vámonos», la otra no quiere irse y es esta última la que rompe el consenso, no la primera… De verdad, nos toman por tontas.

Y es absolutamente vomitivo que acusen a las feministas del auge de la extrema derecha. O sea, sus gobiernos, sus partidos y sindicatos, lo que hacen (o deja de hacer) desde el poder, no favorece al auge de la extrema derecha… nosotras somos las responsables…

El feminismo no ha puesto ahora esta problemática en el centro del debate. El feminismo estaba centrado en su agenda más perentoria cuando se lanzaron estos proyectos de ley que, so pretexto de defender al colectivo trans, perjudican a las mujeres y las dejan sin agenda reivindicativa.

Son ellos/ellas/elles quienes no solo dividen, sino que quieren difuminar, sepultar y adulterar la agenda feminista, sustituyéndola por otra que no es la nuestra. Y ahí tenemos que aguantar

a Cambrollé, a Antonelli, a Preciado, a Montero y una toda una colección de personas que nunca han aportado nada al feminismo, explicando cuáles son las demandas «feministas» y autoproclamándose representantes del movimiento.

Y encima, les parece mal que hablemos de ello ¿qué quieren? ¿colar la ley sin que la ciudadanía sepa lo que está pasando? ¿estos «demócratas» pretenden hacer como hicieron con las leyes transactivistas autonómicas, imponerlas sin que nos enterásemos? ¿sin debate ciudadano? ¿pero cómo no se les cae la cara de vergüenza?

Y sí, este país es la vanguardia del feminismo, pero Gimeno se olvida de un «detalle»: **el feminismo es el movimiento político que lucha por mejorar la vida de las mujeres**. El feminismo no puede aceptar que grupos cuyos objetivos no son los suyos hablen en su nombre, intenten suplantar nuestras demandas, definan cuáles han de ser nuestras reivindicaciones y nuestras prioridades, exijan que el feminismo asuma como propias las metas que ellos marcan (máxime si se oponen a las metas feministas).

¿Casualidad que pase ahora? No, claro que no. Pasa justamente porque el feminismo es un movimiento social muy vivo y potente.

El feminismo está en las antípodas de la ideología individualista-narcisista-ególatra-neoliberal (esa que han asumido los progres, supongo que muchos de ellos sin ni siquiera ser conscientes) cuyo objetivo es desmontar y dinamitar las luchas colectivas y sociales, reforzar el personalismo y acabar con los proyectos colectivos que cuestionan la estructura capitalista-patriarcal. De modo que sí, que el liberalismo en general y el patriarcado en particular emprendieron dos maniobras: 1. Atacar la pujanza del feminismo con el objetivo de descafeinarlo, comercializarlo, adulterarlo, predicando que todo es feminismo (o sea, cualquier cosa es feminismo, luego nada es feminismo). 2. Desviar la atención de los problemas que realmente padecen las mujeres, centrándola en colectivos supuestamente superdesfavorecidos.

Concretamente, al diluir el sujeto mujer y hacer del género una identidad libremente adoptada, dejan al feminismo sin razón de ser. La dilución es un procedimiento ideal para socavar las luchas y las conquistas de las mujeres. Si el género no es una estructura opresiva impuesta en función de nuestro sexo sino algo opcional ¿qué razón hay para luchar contra él? Consecuentemente ¿para qué leyes que protejan o liberen a las mujeres? Si no te gusta lo que conlleva ser mujer, pues cámbiate a hombre o a no-binario o a lo que te inventes…

Y, claro, siempre habrá alguna que alegará que ese cambio no conlleva que la cena se haga sola, o que dejen de violarla, o que progresar profesionalmente le cueste el doble… Ante eso, nos acusarán de quejicas y de hacernos las víctimas…

Los frutos de esta ofensiva se observan a simple vista. En nuestro país, basta con comparar las noticias, artículos, debates, etc. que se difundían hace, por ejemplo, cuatro años en los medios y la sociedad en general con la actualidad. Los asuntos «de mujeres» han quedado sepultados, ya todo es trans y solo cuando sufrimos una salvajada excepcional se habla de ello y por un breve tiempo. No en vano, la percepción social sobre la violencia machista es más permisiva a pesar de que las agresiones han aumentado.

¡Ah! Si toda la energía, el dinero, la propaganda, el entusiasmo, el empeño que están poniendo en difundir y promocionar el transactivismo lo estuvieran empleando en sensibilizar a la sociedad de los problemas y desigualdades que sufren las mujeres y en actuar para solucionarlos…

Ya quisieran los demás marginados de la tierra

Otro mantra de bombardeo continuo reza que el colectivo «trans» es el más vulnerable y supermarginado.

No dudo que algunas y algunos transexuales sean vulnerables. Pero ¿son vulnerables Carla Antonelli, las Wachowski, Bibi Andersen, Sa-

mantha Hudson, Mar Cambrollé, Preciado, Brigitte Baptiste, Martine Rothblatt[2], Jennifer Pritzker y etc.? ¿Son vulnerables el par de profesores/as de universidad que yo conozco? ¿lo es una trans con trabajo estable y dignamente remunerado? Y la gran pregunta ¿son más vulnerables que una emigrante, una refugiada, una gitana, una pobre, una obesa, una discapacitada, una que padece alguna enfermedad crónica mal diagnosticada, otra con marido maltratador o con ancianos o imposibilitados a su cargo? ¿más que todas esas mujeres que las mafias de la prostitución explotan salvajemente? ¿más que las que crían solas y con un sueldo miserable a sus hijos?

Aunque no entraré en análisis detallado —no es mi objetivo aquí y ahora— rechazo tajantemente la generalización de que las personas «trans» estén en especial discriminadas y sean especialmente vulnerables.

Es más, en ciertos casos, ser «trans» resulta un regalo divino, la última moda…

No me voy a alargar, solo evocaré algunos ejemplos.

Si Elisabeth Duval no fuera transexual ¿la entrevistarían en todos los medios? ¿promocionarían sus libros? ¿la harían columnista fija en la prensa? ¿Realmente no hay cientos de jóvenes que lo merecen tanto como ella o más? ¿Cuál es su «plus»?

Si Carla Antonelli no fuera trans ¿habría llegado a diputada?

Si Paul Preciado no fuera trans ¿aparecería en carísimos anuncios de Gucci, presumiendo, además, de marginación?

¿Qué otros marginados (pertenecientes a colectivos mucho más numerosos) gozan del privilegio de aparecer en tantísimas series y películas y siempre con roles positivos? ¿los gitanos? ¿las lesbianas? ¿las personas con discapacidad?

---

2 https://smoda.elpais.com/moda/la-ceo-mejor-pagada-de-eeuu-es-transexual-tambien-fabrica-clones-y-ha-fundado-una-religion-futurista/

¿Qué otro niño o niña «supermarginado» ha subido a la tribuna de un parlamento para que los parlamentarios lo escuchen devotamente? ¿Los que viven por debajo del umbral de la pobreza? ¿las víctimas de los pedófilos? ¿Las niñas árabes acosadas, los gitanos con graves problemas de aceptación en sus centros escolares?

Si un gitano, un árabe y un trans postulan para un empleo en una tienda o para alquilar un piso ¿cuál de los tres tiene más posibilidades de lograrlo?

¿Qué otro colectivo (marginado o no) tiene tras sí un Ministerio que elabora leyes especiales para «protegerlo» y a cuyo frente está una ministra dedicada a ensalzarlo y promoverlo obsesivamente mediante premios, encuentros, festividades, publicaciones, etc.?

¿Para qué otro colectivo se prevén ayudas cuya atribución solo dependa de la autodeclaración? ¿para cuándo a las personas con discapacidad les bastará con autodeclararse para acceder a puestos de trabajo reservados? ¿Cuándo bastará con la autodeclaración para tener ayudas por desempleo? Es más ¿Por qué se requiere certificados de soltería para casarse y no basta con autodeclararse soltero? ¿Por qué alguien nacido en Sudán no puede autodeclararse sueco si ser sueco no está en los genes y es pura convención?

Rachel Anne Dolezal, cambió su nombre a Nkechi Amare Diallo y durante años declaró que era afroamericana. Cuando los afroamericanos descubrieron que no lo era, la obligaron a desdecirse públicamente.

Rachel Anne Dolezal, cambió su nombre a Nkechi Amare Diallo y durante años declaró que era afroamericana. Cuando los afroamericanos descubrieron que no lo era, la obligaron a desdecirse públicamente.

¿Qué otro colectivo —incluso siendo mucho más numeroso— goza de tanta publicidad encubierta y descubierta?

En fin, no me extiendo más. Pero ya quisieran los demás colectivos ser supermarginados al modo trans…

Entonces ¿qué decimos? ¿Que no reciban ayudas? Decimos esto:

Que reciban ayudas solo aquellas personas transexuales que realmente las necesiten y después de haber justificado la necesidad. O sea, pedimos que a las personas transexuales se les apliquen las mismas normas que se aplican a las demás personas ¿no es igualdad lo que reclaman?

Aplicar las mismas normas significa:

1. Establecer unos criterios objetivos. En todos los colectivos que reciben ayudas o prestaciones se exigen requisitos contrastados de evaluación externa. ¿Por qué ha de bastar con la autodeclaración para las personas trans?

2. Y, por lo mismo, cualquiera que se autodeclare trans no debe ser considerado «persona con riesgo de exclusión». Las mujeres que crían a sus hijos solas y piden prestaciones, para recibirlas, ha de presentar pruebas que avalen su necesidad.

3. Debe haber correspondencia entre la cantidad de recursos que se destina a un colectivo y el número de individuos que incluye. Así, la propuesta de ley depositada en las Cortes prevé incentivos fiscales para la contratación de personas trans en el sector privado y una «cuota de reserva de puestos de trabajo para personas trans en el sector público». La Comunidad autónoma de Aragón ha fijado la cuota en el 1%. Supongamos, pues, que a nivel estatal sea similar. Veamos: según señaló Gimeno —cuando era Directora del Instituto de la mujer— solo el 0,1% de la población es trans (aunque yo creo que infla las cifras, pero bueno). Ahora bien, en España unas 3.000.000 de personas (de las que más de la mitad son mujeres) tiene discapacidad administrativamente

> reconocida. Suponen, pues, más de un 6% de la población, pero solo disponen de una cuota reservada del 3%. Resumen: el 0,1% tendría acceso, no al 0,1% sino al 1%, mientras que las mujeres con discapacidad, que son casi el 3,5%, se repartirían el 1,5%.

Y estas mismas injusticias comparativas se repiten en otros muchos campos. Los transactivistas se quejan de las listas de espera, pero, según datos aportados por Tasia Aránguez Sánchez, responsable de Estudios Jurídicos de la Asociación de Afectadas de Endometriosis Crónica (ADAEC), esta enfermedad que padecen (en diversos grados, a veces, leves, a veces, muy graves) el 10% de las mujeres, tarda una media de 8 años en ser correctamente diagnosticada, durante los cuales, ante dolores insoportables, les dicen simplemente que tomen un analgésico y que no sean blandas. Es así porque ni siquiera los médicos, durante sus estudios, reciben formación adecuada sobre esta enfermedad… En ciertos casos, estas mujeres necesitan intervenciones quirúrgicas, pero no todas las Comunidades Autónomas cuentan con médicos especialistas. El porcentaje de exclusión laboral de las mujeres con endometriosis es mucho más elevado que el de las personas trans. Y otro «detalle»: su asociación (ADAEC) se mantiene mediante donaciones privadas, no así las asociaciones queers, como la ya mentada ultrarreaccionaria Chrysallis.

Las mujeres con discapacidad viven igualmente situaciones de injusticia con connotaciones muy graves, pues sufren violencia y agresiones sexuales por encima de la media.

¿Conoce el Ministerio de Igualdad estas tremendas realidades? ¿Le importan?

Es una realidad tan silenciada que ni siquiera las feministas estamos concienciadas. Nadie organiza jornadas ni debates en torno a sus problemáticas. No tienen «Club de fans» que las jalee o las defienda. Ni una ministra a su servicio. Nadie las considera colectivo vulnerable y discriminado.

Patriarcado y multiplicación paródica de los géneros

Sabemos perfectamente que esta ideología subjetivista-narcisista no pone en peligro la dominación masculina.

El patriarcado sabe perfectamente quiénes son las mujeres y para qué las creó: seres de segunda categoría a las que se puede maltratar y violar sin grandes consecuencias (a veces y en muchísimos lugares, sin consecuencia alguna), seres que les sirven, cumplen sus deseos, cuidan de su prole… seres cuyos cuerpos pueden alquilar por un módico precio a fin de sobarlos y penetrarlos (y también pueden alquilar sus úteros durante nueves meses para que les fabriquen niños). Seres a los que pueden despreciar y ningunear. Seres cuyo sufrimiento puede ser un plus añadido de placer, como ocurre en el porno. Y si el porno tiene tantísimos adeptos será porque, en efecto, a muchos hombres les gusta humillar, dañar, agredir a las mujeres. Resulta duro constatarlo, pero solo mirando la realidad y analizándola se puede, luego, buscar soluciones.

El patriarcado necesita y exige que haya «mujeres» y, mientras su «fabricación» esté asegurada, al patriarcado no le importa que existan personas «originales y/o raritas». Las consideran frivolidades y divertimentos folclóricos que no ponen en peligro la estructura genérica pues solo el feminismo cuestiona la maquinaria que fabrica «mujeres».

No, no les importa que existan transexuales ¿acaso los transmasculinos van a poner en peligro sus varoniles hazañas deportivas? ¿les van a quitar privilegios? ¿van a ocupar su lugar en academias, honores, listas electorales, etc.? ¿los varones van a perder el protagonismo en las series y películas? En las cárceles de hombres ¿los transmasculinos van a violar a sus codetenidos? (puede que más bien ocurra al revés).

El patriarcado sabe que el enemigo es el feminismo porque el feminismo sí tiene como objetivo destruir el sistema genérico y atacar los fundamentos patriarcales. El feminismo sí quiere acabar con los privilegios.

Pero la transexualidad es y ha sido perfectamente compatible con el patriarcado. Ya conocemos los casos de los «Femminielli» de Nápoles. Y sabemos de la existencia de grupos, más o menos ritualizados, de transexuales en India, Tailandia, Laos, etc.

La permisividad hacia los transexuales que practican ciertas culturas ha sido y es totalmente compatible con una brutal misoginia. Así, además de los ejemplos citados, recordemos que en la República Islámica de Irán fue el propio ayatolá Jomeini quien decretó la legalidad del cambio de sexo y ya sabemos cuán «tierno y permisivo» es ese país con las mujeres... Y sabemos que allí la homosexualidad puede castigarse con la pena de muerte.

En resumen: **el sistema patriarcal acepta que haya «trans» sin despeinarse, sin variar ni un ápice el férreo corsé de los géneros y, sobre todo, sin que el género femenino avance ni un milímetro**. Lo que no puede aceptar de ninguna manera es que no haya «mujeres», es decir, seres sometidos que laven, cocinen, críen a la prole y estén a su disposición para cuando ellos tengan a bien sobarlas y penetrarlas.

Y me diréis «Pero VOX sí se opone a los transexuales». Y os digo: sí, pero de aquella manera. VOX sabe perfectamente que, en la oposición a esa ley, ha encontrado un filón, una marca, dado que el PP no puede armar mucho jaleo con este asunto puesto que en todas Comunidades Autónomas ha promovido normativas transactivistas y en las que gobierna (Galicia, por ejemplo) aplica con dureza protocolos de estricta observancia queer. O sea, VOX se opone al transactivismo para atacar al gobierno. Se opone de palabra más que de hechos. Allá donde ha alcanzado poder de la mano del PP, no ha exigido, por ejemplo, que los protocolos trans impuestos en los centros educativos desaparezcan. Ni tocarlos. Pero sí han exigido que los medios destinados a luchar o paliar la violencia contra las mujeres, pierdan consistencia, se difuminen, se «diversifiquen». O sea, cuando se observan los actos de VOX y se analizan sus programas, se ve claramente que VOX a quien odia es a las feministas y a quien quiere seguir controlando es a las mujeres.

Esto lo saben perfectamente los transactivistas, aunque nos griten: «Sois lo mismo que VOX». Esperan asustarnos con tan «tremenda imputación». Pero no, claro. Es como si pretendieran amedrentar a quienes nos oponemos a la pena de muerte acusándonos de connivencia con la iglesia católica cuyo quinto mandamiento dice: «No matarás» ¿Se supone que quienes detestamos las religiones en general y la católica en particular (digo la católica en particular porque fue la que nos tocó en «suerte») deberíamos defender con ardor la pena de muerte y deberíamos afrentar a padre y a madre a fin de no sustentar lo mismo que el cuarto mandamiento de la Iglesia? ¿Según eso, quien no roba todo lo que puede es porque sigue fielmente lo predicado por el séptimo mandamiento»?

Constatamos, además, que, si bien coincidimos con la iglesia en el rechazo al asesinato, los ateos lo fundamentamos en el convencimiento ético de que ningún humano puede quitar la vida a otro, aunque lo considere vil. Mientras que la iglesia lo fundamenta en que solo dios tiene poder para ello. Y no solo eso: la prohibición de la iglesia católica es fingida porque, como prueba la historia, ella misma ha promovido incesantes y crueles carnicerías. De hecho, hasta hace cuatro días, su doctrina apoyaba explícitamente la pena de muerte y, ahora mismo, para un católico, son pecados los pensamientos «impuros» y tienen prohibición absoluta de volver a casarse después de un divorcio. Pero, si un creyente es fan entusiasta y furibundo de la silla eléctrica, puede seguir comulgando con total devoción.

O, por poner otro ejemplo: la iglesia, no solo nunca ha excomulgado a nadie por explotar y robar a manos llenas, sino que, como vemos en España, ella misma desvalija con total descaro y a mansalva nuestro patrimonio común.

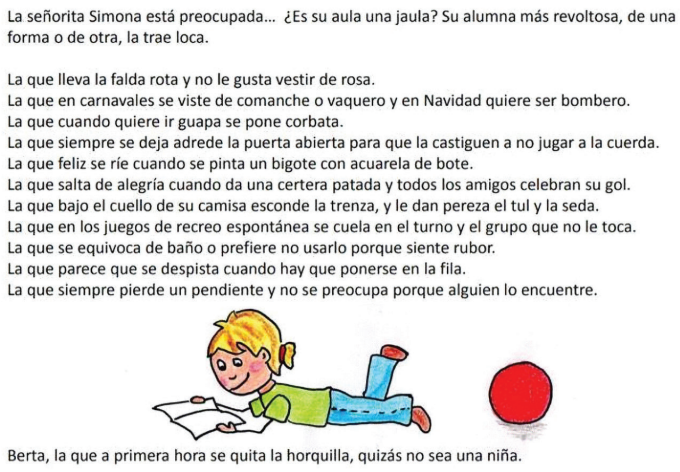
En resumen:

1. Puntualmente se puede coincidir con gente con la que, por lo demás, no se comparte nada. Por ejemplo, se puede coincidir con un machista empedernido en que Granada es una ciudad muy hermosa.

2. A veces, analizando la supuesta coincidencia, se comprueba que no es tal, que en apariencia se coincide, pero que, de fondo se está a años luz.

Y volviendo a VOX: cierto, VOX dice como nosotras, las feministas, que a los menores no se les debe hormonar ni amputar (y tal coincidencia no nos vergüenza en lo más mínimo). Ahora bien, los argumentos y razones y de fondo en los que se asienta su posición y la nuestra, son diametralmente opuestos.

Por contra, VOX comparte fundamentos, ideologías y criterios básicos con muchos transactivistas, como *Chrysallis* and Cía. (financiados con dinero público, recuerdo). Ambos creen que existe una naturaleza femenina y otra masculina, que las mujeres son «por esencia» obedientes, tranquilas, suaves, amantes de los volantes y del rosa… ¿Diferencias entre VOX y protransactivistas? Sí: a la más mínima señal de desacato de los mandatos de género (que unos y otros consideran el «ser» de la persona, la esencia, la identidad), los protrans rápidamente se ponen manos a la obra con el objetivo de «adaptar» el cuerpo al «alma, cerebro, espíritu» (o como quieran llamarlo). Decretan que no



La señorita Simona está preocupada... ¿Es su aula una jaula? Su alumna más revoltosa, de una forma o de otra, la trae loca.

La que lleva la falda rota y no le gusta vestir de rosa.
La que en carnavales se viste de comanche o vaquero y en Navidad quiere ser bombero.
La que cuando quiere ir guapa se pone corbata.
La que siempre se deja adrede la puerta abierta para que la castiguen a no jugar a la cuerda.
La que feliz se ríe cuando se pinta un bigote con acuarela de bote.
La que salta de alegría cuando da una certera patada y todos los amigos celebran su gol.
La que bajo el cuello de su camisa esconde la trenza, y le dan pereza el tul y la seda.
La que en los juegos de recreo espontánea se cuela en el turno y el grupo que no le toca.
La que se equivoca de baño o prefiere no usarlo porque siente rubor.
La que parece que se despista cuando hay que ponerse en la fila.
La que siempre pierde un pendiente y no se preocupa porque alguien lo encuentre.

Berta, la que a primera hora se quita la horquilla, quizás no sea una niña.

Material que Chrysallis reparte en los cursos (financiados con dinero público) que organiza en los centros educativos para familias y profesorado.

se trata de que esa niña rechace los mandatos de género, sino que, a pesar de las apariencias, es un niño y como tal habrá que llamarla, vestirla, hormonarla, operarla a fin de que su cuerpo de adapte a su verdadero ser que es masculino.

Los de VOX and Cía., ante una discordancia semejante, intentan corregir y domar «el alma, el cerebro, el espíritu» del niño o la niña a fin de que entre en el corsé genérico que le «corresponde por su cuerpo».

Ahora bien, las discrepancias entre transactivistas y VOX no son insalvables: si no queda otro remedio, si la criatura persiste y persiste, los de VOX y similares terminan aceptando medicación y cirugía porque comprenden que su retoño padece «anomalías». O sea: prefieren pensar que a su hijo o hija tiene una especie de malformación congénita que ha de corregirse médicamente. Lo que no pueden aceptar es que «les haya salido un maricón o una marimacho».

Eso está clarísimo y así lo demuestran, como ya he dicho, países como Irán y otros extremadamente machistas, como México. En España lo comprobaremos si la ley trans sale adelante: padres que no soportan tener un hijo afeminado, cuando «descubren que, en realidad, tenían una niña», respiran aliviados, se quedan tan relajados y felices. Adolescentes que sufren acoso por ser «amanerados» pero que, cuando se convierten en chicas, pasan a ser los admirados héroes del instituto, los más guay, lo más de lo más…

De modo que, ante la acusación de coincidencia entre el feminismo y la derecha decimos: sí, puntual, superficial y fundada en argumentos radicalmente opuestos; mientras que entre derecha y transactivismo la concordancia es de base ideológica profunda pues ambos entienden del mismo modo lo que es ser hombre o mujer.

Los intereses transactivistas

No es posible entrar en el espacio limitado de este artículo en la maraña de intereses que sostienen, financian y promueven el transactivismo.

Son fundamentalmente de dos tipos: económicos e ideológico-políticos. De los primeros ya no hay duda: da fe la multiplicación exponencial de centros y clínicas dedicados a «reasignar» el sexo. No es de extrañar sabiendo que una operación cuesta entre 10.000€ y 25.000€ (y rarísimos son los transexuales que solo se someten a una, pues lo habitual es una cadena). La alegría de las farmacéuticas ante la perspectiva de tener miles y miles de personas consumiendo medicamentos de por vida, desde antes de la pubertad hasta la muerte, a razón de más de 60€ mensuales por persona… Estos negocios económicos son una mina de diamantes, mucho más rentable que los de los vientres de alquiler. Infinitamente más. Son fuente inagotable de ingresos, son el nuevo becerro de oro. No en vano Martine Rothblatt, Soros y otros avispados millonarios e inversores están detrás de la promoción y la banalización de la autodesignación.

Promueven y normalizan la idea de que el cuerpo se cambia a voluntad (se esculpe, dicen). Y que es muy guay. Cierto, las operaciones estéticas no son una novedad. Se hacían de manera oculta y vergonzante y se reservaban para señoras (y señores, aunque menos) que intentaban borrar el paso de la edad. Ahora, mujeres jóvenes publican en redes, sin rubor ninguno, que se ha retocado pómulos, mandíbula, nariz, cejas, contorno de ojos, caderas, brazos, pechos, glúteos, muslos… Ya no hay que esconderse, sino que, por el contrario, se presume de la «mejora». El lema es: «Se puede modelar el cuerpo a gusto e ilimitadamente; tonto quien no lo haga» (tonto o pobretón, o anticuado y conservador).

Poderosos personajes, poderosos holdings invierten en estas campañas, sabiendo que lo invertido se les multiplicará exponencialmente. El objetivo está claro: «Adictos a las manipulaciones corporales, creced y multiplicaos». Y lo difunden, no con simples e ingenuos spots…

—eso lo dejan para otros productos de consumo ya socialmente asumido— sino con sofisticadas, estudiadísimas y complejas maniobras. Se trata de influir, formar y crear opinión pública. La ventana de Overton lo esquematiza bastante bien. En el extraordinario documental *Jeu d'influences, premieres partie: les crises* (Luc Hermann y Gilles Bovon, 2014), los propios spin-doctors lo explican si recato alguno, ilustrándolo con ejemplos de sus propias «geniales» campañas: cómo, por ejemplo, consiguieron -concretamente en Francia- cambiar el parecer y la opinión ciudadana sobre la apertura de los centros comerciales los domingos…

Actúan con sabias graduaciones y manipulaciones ideológicas y emocionales.

Con el transactivismo, primero, persuaden a la sociedad de que cientos y miles de personas sufren muchísimo y hay que acudir en su ayuda… Añaden que, además, aliviar su sufrimiento es sumamente fácil. Basta con reconocer lo «evidente»: el sexo genético es un dato muy relativo, lo que importa es el género y, si se desea el cambio, se puede hacer sin mayores problemas: con unas pastillitas y unos «pequeños retoques quirúrgicos».

Mediante miles de artículos de prensa, programas de tv, ficciones de todo tipo ilustran a la sociedad del sufrimiento y las problemáticas de esas personas y convencen de lo fácil que es poner solución… Conclusión: hay, pues, que tener un corazón muy duro para oponerse a que dichas personas alcancen la felicidad (mediante el ejercicio de su libertad, además…). Crean la moda que rápidamente se convierte en necesidad. Basta con asomarse por Tik-Tok y escuchar a los influencers (pues los promotores transactivistas cubren todos los campos, no se limitan a financiar directa -aunque solapadamente- prensa, canales de tv, universidades, profesionales médicos, etc.)

Ya no estás *in* si no tienes un hijo trans, agénero, bigénero o algo similar. Basta con ver que como proliferan los hijos trans entre los famosos: Jennifer López, Annette Bening, Charlize Theron, Cynthia Nixon…

Además, esa mezcla de modernez-permisividad-egolatría, etc. tiene otra vertiente: el transhumanismo. Y da miedo constatar cómo tantos popes de Sillicon Valley son partidarios acérrimos del transactivismo porque lo son del transhumanismo. Hablan de humanidad «mejorada»… ¿Mejorada en qué, para qué y, sobre todo, en beneficio de quién? En China ya están «mejorando» a los soldados: implantes para ver mejor de noche, por ejemplo. Por su parte, los mensajes vehiculados por cine y series de Hollywood nos venden superpoderes, no venden el sueño del control absoluto sobre el cuerpo. Muchos se tragan la fantasía y se ven a sí mismos como potenciales superhéroes…

«La humanidad mejorada»… Para algunos puede, para la mayoría, lo programado es un gen que les permita aguantar lo inaguantable… Así de duro.

Solo hay que ver qué mundo nos han fabricado: publicitan sofisticadas manipulaciones genéticas ocultando el padecimiento real de millones de personas. Mientras escribo estas líneas, casi un centenar han muerto intentando saltar una valla y o encerradas sin agua durante días en un tráiler.

Claro que también nos hablan de la habitabilidad de Marte mientras arrasan el planeta Tierra…

Como vengo argumentando, al patriarcado le viene de perlas el transactivismo porque es un misil contra la línea de flotación del feminismo: las reivindicaciones feministas quedan postergadas, oscurecidas, olvidadas. A los ataques que ya recibíamos por parte del machismo más rancio, se une este nuevo ataque feroz capitaneado por la progresía. Y este, la verdad sea dicha, no nos lo esperábamos, como tampoco esperábamos su virulencia…

Pero, en ello están: 1. Declarando, en un primer momento, que «hay dos feminismos» (lo mismo que dicen con la prostitución): el excluyente, antiguo, conservador, etc. y el transfeminismo guay, moderno desenfadado… 2. Declarando, a continuación, que no solo hay dos feminismos sino miles, millones, cada uno tiene el suyo… (¿agenda

feminista común y reivindicaciones comunes para 47 millones de habitantes?). 3. Difundiendo la idea de que el género y el sexo son optativos y que lo moderno y guay no es luchar para dinamitarlos sino pasearse de uno a otro o entre medias. 4. Intentando promulgar leyes que, de facto y en mayor o menor medida, diluyen lo que significa y conlleva ser mujer. 5. Propagando una ideología individualista, ególatra, infantiloide y ciega.

Porque, sí, **además, del portentoso negocio económico y el ataque brutal contra el feminismo, los delirios transactivistas son la punta de lanza de una ideología global extremadamente perniciosa.**

Como ya apunté, esta ideología neoliberal mina la lucha por la igualdad. Nos vende el caramelo de la diversidad, como si ya, de por sí, todos los humanos no fuésemos diversos... Jalean incansablemente y por todos los canales (que son muchos y poderosos, desde las Universidades hasta los films de Hollywood) que lo que importa es la individualidad, el sentimiento, el ego, las adhesiones primarias, irrisorias, sentimentaloides, lights, vistosas. Manipulan y pervierten el lenguaje y evocan incansablemente la libertad, la diversidad, la identidad, la comunidad…

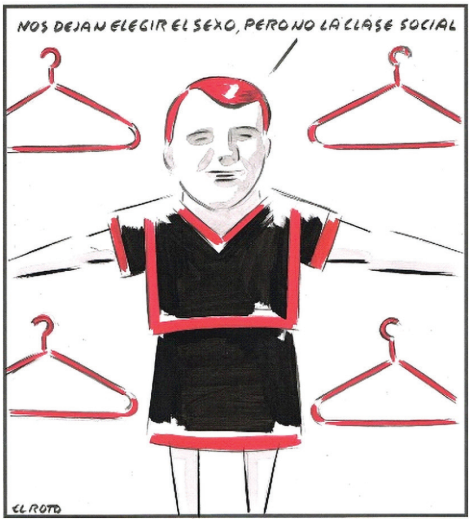
En esto se basa su ideología identitaria, primaria, emotiva-irracional. No se fundamenta en el ideal de justicia e igualdad sino en el buenismo difuso y «comprensivo» con los deseos de cada cual, por disparatados que parezcan.

Así debilitan las reivindicaciones comunes asentadas en propuestas alternativas al modelo social y económico, contraponiéndoles un conglomerado de subjetividades, todas agolpadas detrás de la bandera de la diversidad, de la libertad, de la identidad. Solo importan los deseos ególatras e identitarios, envueltos en el caramelo del superpoder sobre el cuerpo, el consumo, la «originalidad», el ego feliz…

Aunque sabemos (lo sabemos quiénes no participamos en esta ideología neoliberal-narcisista) que venden humo y mentiras. Les venden libertad y diversidad, ocultando que lo que nos mata es la desigualdad y la rapiña capitalista y patriarcal y que, solo luchando por intereses y propuestas comunes, se puede mejorar la realidad social. Igualmente ocultan que no todos los deseos son realizables. Predican: Sé libre para vestirte como quieras (si tu bolsillo te lo permite), para sentirte hombre, mujer, extraterrestre o nada… Incluso, si quieres, en pleno delirio, te puedes sentir millonario (si te conformas con el sentimiento…)». Cosa distinta es que esa libertad, diversidad e identidad sirvan para tener derecho a un trabajo digno y dignamente pagado o para exigir educación y sanidad de calidad… Eso no es «diversidad», ni libertad, ni identidad. Eso no mola, ahí no hay buenismo ni espíritu comprensivo-caritativo-progre que valga.

Así, por ejemplo ¿qué significado real le dan a «comunidad», ese otro término mágico que nos venden? Pues conjunto de consumidores y usuarios, no gente que comparte un proyecto alternativo de cambio económico y social… La «comunidad» designa a quienes compran un determinado producto (Apple, por ejemplo) o a quienes utilizan una marca, un servicio (Blablacar, por ejemplo), están en una red, siguen a un famoso… Eso es una «comunidad»… Patético ¿no? Triste ver que miles de personas se sienten pertenecer a una o varias de esas «comunidades», olvidando que lo crucial es la lucha común por alternativas al patriarcado y al capitalismo, los dos sistemas complementarios que destrozan a las personas y al planeta. Y las luchas se cementan en objetivos comunes, no en un amasijo folclórico de deseos ególatras y consumistas.

Lo asombroso es que quienes se piensan progresistas no sospechen nada… Ven -se supone que ven- la miseria y el dolor real de colectivos o comunidades (comunidades reales, no de consumidores) humillados, explotados, heridos… ven que esa brutalidad no mueve ni en un ápice las duras leyes que nos gobiernan… Y no se preguntan cómo, por qué, ni qué intereses hay para que una minoría tan minoritaria (valga la redundancia) tenga como paladines a super-



millonarios, superpoderosos, medios de comunicación, gobiernos y haya conseguido en cinco años implantar sus desvaríos… No les mosquea, por ejemplo, que en Argentina se consiguiera por unanimidad una ley *supertrans* diez años antes que la ley del aborto, ni que, desde el 1 de enero hasta el 31 de octubre de 2021, fueran asesinadas 227 mujeres (una cada 32 horas), al tiempo que legislan que ya no existe leche «materna» (lo que humillaría a los «hombres» que paren) y ya están eliminando la variable sexo en algunos documentos oficiales (¿cómo conocer, pues el índice de paro femenino?). A los progres no les mosquea que se defienda con tanto ardor la autodeterminación de sexo, pero no la de la nacionalidad (lo que solucionaría la vida de millones de personas). No les mosquea, por poner un ejemplo relativamente modesto, que la coeducación siga siendo considerada como algo relativamente «folclórico» y voluntarista, pero que, por el contrario, los protocolos educativos trans se hayan implantado en un abrir y cerrar de ojos en todas las comunidades autónomas, incluidas, por supuesto, aquellas con mayoría de derechas (Galicia, por ejemplo). Nada, creen que esa adhesión inquebrantable y entusiasta de todos los poderes patriarcales y del capital a la causa trans se debe a que el «sufrimiento» de esa gente conmueve a los corazones más duros, aunque no saben por qué no les conmueve el sufrimiento de niños en la miseria, de mujeres maltratadas, de colectivos despreciados y olvidados…

Los progres y su buenismo…

Feminismo contra transactivismo

Históricamente las mujeres hemos pasado por diversas fases, pero siempre etiquetadas como categoría inferior.

Hace tres siglos, despertamos, no ya como individualidades (esas siempre las hubo) sino formando corrientes críticas y organizadas que emprendieron un combate contra los corsés genéricos y por la conquista de territorios de igualdad. Primero, conquistamos los derechos políticos y sociales, y luego, en los años setenta, reclamamos el control de nuestro cuerpo y nuestra libertad. En esa pelea estamos aún. Hemos conseguido avances, pero no la igualdad.

Nos han combatido por todos los medios y de todas las maneras posibles: comercializando y descafeinando nuestras demandas y/o pervirtiendo su sentido… así, por ejemplo, la famosa libertad sexual se plasmó en un nuevo mandato: siempre hemos de aceptar —y con entusiasmo— los deseos sexuales masculinos.

Actualmente han añadido un peligroso componente: intentan convencernos de que no existe el sexo en base al cual se nos oprime sino el género. Y el género no es imposición, sino identidad, deseo, disfraz elegible. En consecuencia, feminismo ¿para qué? Si ser negro fuera elegible, sería absurdo luchar contra el racismo.

Si mujer puede ser quien lo desee con simplemente sentirse tal ¿cuáles son nuestras reivindicaciones? Imaginemos: ¿cómo hacer un convenio colectivo de Zara o de Fasa-Renault si cualquiera pudiera declararse trabajador de esas empresas? Este símil parece evidente, pero no resulta así cuando hablamos de sexo/género…

Porque la pregunta clave es: ¿por qué y para qué existen los géneros? Pues porque esa estructura es una «bendición divina» para los hombres (propiamente divina, es decir, además de maravillosa, incuestionable) ya que les concede grandes privilegios… A otros cambios pueden adaptarse, siempre que se respete la mayor. ¿Que haya un adolescente trans en una clase? Vale. ¿Que las chicas de la clase

empiecen a tomar conciencia de que su vida no consiste en gustar a los chicos, ni en amoldarse a sus deseos ni en darles placer? Ah, eso ya es harina de otro costal…

El feminismo no es individualista, es un movimiento político que enfoca y centra sus demandas en las mujeres en tanto que sexo oprimido, ataca la desigualdad estructural y generalizada que sufren y lucha colectivamente por conseguir avances.

Lo que no significa, repito, que se desinterese de otros problemas. Más bien al revés: a menudo, las feministas suelen ser también activistas en diversos frentes. Juntarse con las feministas de cualquier pueblo o ciudad es juntarse con «las fuerzas vivas» de ese lugar, o sea, con personas que están en vanguardia de los demás movimientos sociales.

Pero el feminismo se centra en la defensa de los intereses específicos de las mujeres porque, como bien sabemos, las mujeres son «las negras de los negros», «las proletarias de los proletarios» (Engels dixit).

El feminismo sabe que cualquier sumisión, rechazo, abuso, injusticia que se dé en este mundo se agrava en el caso de las mujeres. Por ejemplo, como ya apunté y como explica Mari Mar Molpeceres en el libro *Se acabó el silencio*, las mujeres discapacitadas sufren mayor agresividad familiar, comparativamente menores atenciones y cuidados, muchos más abusos y ataques sexuales y tienen muchas menos posibilidades de encontrar trabajo que los hombres en su misma situación.

O como señalan todos los indicadores, a las mujeres con problemas psicológicos se les presta menos atención y se tiende a «darles pastillas», en vez de recurrir a tratamientos más costosos y complejos. Y así sucesivamente.

El feminismo se interesa de forma específica por el subempleo de las mujeres, por las nefastas condiciones de trabajo de las profesiones feminizadas, por la exclusión social que padecen las emigrantes y

refugiadas, por los abusos sexuales que sufren tantas, por la explotación familiar (no sé cómo llamarla de otro modo) que muchas viven, por el ninguneo médico de las que tienen enfermedades específicamente femeninas, por la falta de políticas que de verdad permitan a las que deseen ser madres (las que lo deseen, ojo) serlo sin sacrificar su vida, su ocio, sus opciones laborales; por todas las problemáticas adyacentes a nuestro cuerpo sexuado, etc. etc.

Pero el feminismo no sustituye a sindicatos, partidos, asociaciones antirracistas, antixenófobas, ecologistas, entidades cuyo objetivo sea mejorar la vida de las personas con minusvalías, luchar contra los desahucios, por la preservación del planeta, etc. etc. Tampoco ninguno pide —como sí hace el transactivismo— que el feminismo asuma como propias las reivindicaciones ajenas, relegando las suyas.

El transactivismo ataca la realidad en la que se asienta nuestra opresión y hace de ella una opción, una identidad, un deseo, pero, además, resulta alucinante que reclame que el feminismo preste más atención a las reivindicaciones trans que a las nuestras. Y cabe preguntarse ¿por qué el transactivismo no interpela con igual ahínco al movimiento antirracista, por ejemplo? Objetivamente tiene más afinidades y reivindicaciones comunes con ese movimiento que con el feminismo. Y no, claro que no lo hacen, no le pide tal cosa al ecologismo, ni al antirracismo, ni a los antibelicistas ni a los movimientos contra la xenofobia. A ninguno. Solo pretende suplantarnos a nosotras. ¿Por qué? no me voy a extender, pero 1. Por oportunismo, dado que el movimiento feminista es el más potente de los movimientos actuales y cree que, si lo fagocita —como ya ha hecho con los movimientos de gays y lesbianas— ese poder será suyo. 2. Porque en la maniobra de destrucción del feminismo cuenta con un

poderoso aliado: el patriarcado. 3. Porque en los otros movimientos hay hombres y a los hombres les tienen respeto, no quieren atacarlos, pero atacar a las mujeres les satisface, pues en muchos transactivistas hay un componente misógino. Ellos son las mujeres de verdad. A nosotras, ni nos comprenden, ni nos quieren, ni nos respetan (no digo que todos sean así, pero muchos lo son).

En definitiva: el problema real al que se enfrenta el feminismo no es que existan personas que son biológicamente varones pero que no aceptan esa realidad y quieren vivir como mujeres. Ni el problema es nuestro sexo. Es el corsé genérico que se nos impone y que modela y doma nuestra mente, nuestras emociones, nuestro imaginario, nuestra forma de ser y estar en el mundo.

Sabemos que el género no es una elección, ni un sentimiento, ni un disfraz, ni un juego, ni una personalidad ni, por supuesto, una identidad. Es un sistema de dominación. ¿Se le puede decir a alguien que vive en una sociedad de castas y pertenece a una de las más bajas y maltratadas que esa es su identidad, su elección? ¿o que basta con que lo desee para transitar a otra más poderosa y libre? ¿o que lo que importa es cómo se siente? Y, vale, puede darse el caso de que un brahmán indio elija vivir como un shudra e incluso como un paria… Es una opción posible, claro, pero de esa (remota) posibilidad no se puede deducir que pertenecer a una u otra casta sea cuestión de deseo, de elección (a pesar de que ser de una u otra casta no está en los genes como sí lo está el sexo). También puede haber un rico que decida dar su dinero a una ONG y ponerse a trabajar como camarero superexplotado. ¿convierte así la desigualdad económica brutal que vivimos en algo elegible y sentido? El que haya un millonario o dos, un brahmán o dos que decidan cambios como los que hemos descrito ¿debilita la estructura de castas? ¿debilita el capitalismo? Además, es evidente que estas «elecciones» están al alcance de los poderos, no de los sometidos. Y, de todas formas, nunca la experiencia vital de un brahman será idéntica a la de quien nació y se crio en la sumisión o la pobreza. Y me diréis: «También las personas de sexo femenino pueden transitar a hombres». Cierto sí y eso están haciendo muchísimas

adolescentes… Llegan a la pubertad, se sienten incómodas con sus cambios corporales, sienten la presión para que gusten, complazcan, sean guapas, acepten… Saben (aunque no se lo formulen ni sean conscientes de ello) que su rol será secundario… Y, oyen que cambiarse al poderoso y dominante sexo masculino es fácil, tanto como beberse un vaso de agua: tomar unas pastillitas mágicas, pasar por el quirófano y ya… Pero las feministas sabemos que esas chicas lo que necesitan es escuchar una palabra feminista, una palabra que les diga: lucha por tu liberación y tus deseos, lucha por tus sueños, no contra tu cuerpo. Y nos tememos que cuando «se caigan del guindo» el golpetazo va a ser tremendo.

Insisto: el género ocasiona e impone un enorme sufrimiento para millones de mujeres y no podemos aceptar que se considere como algo elegido y banal, carnavalero. Si pensamos, no ya en nuestra situación, la de las que vivimos en sociedades formalmente igualitarias (y recalco lo de formalmente) sino en esos millones y millones de mujeres que viven encerradas, controladas, sometidas hasta en los más nimios detalles, salvajemente amputadas, privadas de todos los derechos, casadas a los 12 años… y un largo etc., si pensamos en ellas, la ira nos invade cuando oímos calificar tan brutales realidades como sentimientos, opciones, identidades, cuestión de maquillaje, tacones o caprichos frívolos e intrascendentes…

En definitiva, repito: la teoría feminista afirma que el género no es una personalidad, ni una identidad libremente elegida, ni un sentimiento sino una brutal imposición cuyo objetivo es coartar y condicionar nuestra vida, someterla. Y esta camisa de fuerza impregna todos los órdenes de la vida.

«Ser mujer», se connota de diversas formas y conlleva diversas imposiciones según las épocas y otras variables. No significa ni implica lo mismo ser mujer hoy en día que hace un siglo. Son logros del movimiento feminista -que ha peleado y sigue peleando por conseguir los derechos políticos y cívicos, el acceso a la educación, la igualdad legal y salarial, las leyes contra la violencia, la no sumisión de las mujeres, etc. etc.- que ha debilitado la férrea estructura patriarcal, ha agrandado

los límites de lo que significa «ser mujer», ha tirado barreras y ha abierto nuevos horizontes para nuestro sexo. En tres siglos de lucha, hemos conseguido minar ese corsé en algunos aspectos y hemos logrado importantes avances, aunque la estructura básica del patriarcado (esa división de roles, estereotipos, lugares asignados y sobre todo de violencia y sumisión de las mujeres) sigue vivita y coleando.

Sabemos que seguimos siendo «las otras» de los hombres y que ellos siguen considerándose (y educándonos para que lo consideremos) los seres centrales, los que encarnan «lo humano», el eje desde el que todo se interpreta, en función del cual todo se ordena. Ellos son la transcendencia y nosotras la inmanencia.

Conclusión

No nos importa que haya seres que lucen barba y, al tiempo, se dicen mujeres. Ni nos importa que «algunes» se reclamen, el lunes, mujer; el martes, bigénero; el miércoles, hombre y el jueves cualquier cosa que les pase por la cabeza.

No nos importa **mientras no nos impongan su ley.** O, dicho de otra manera: ¿qué importa y mucho? que sus dislates perjudiquen a las mujeres. Es decir, no queremos que haya cobertura legal para que sus desvaríos escondan y adulteren nuestra realidad.

No aceptamos que nadie marque la agenda del movimiento feminista. Nuestras reivindicaciones las decidimos nosotras y con nuestros criterios: la necesidades y demandas de las mujeres.

Rechazamos el borrado de las mujeres. La variable sexo debe aparecer -y debe responder a la realidad sexuada, no a delirios- porque esa variable una herramienta imprescindible para medir nuestra opresión y nuestra marginación. ¿cómo, si no, determinar si las mujeres padecen mayores índices de paro o de pobreza, por ejemplo?

Y no, no estamos dispuestas a que un violador se declare mujer y exija entrar en una cárcel de mujeres. O a que un mediocre atleta masculino se declare mujer y relegue a todas las mujeres deportistas. Nuestros espacios son nuestros. No aceptamos suplantaciones.

Y no, tampoco vamos a aceptar que tales dislates se justifiquen alegando: «Habrá pocos casos» ¿Y? aunque solo hubiera uno… No se puede admitir que se legisle la arbitrariedad. ¿Quién aceptaría una ley impositiva que dijera: «Que cada cual declare lo que le parezca y como le parezca»?

Nos oponemos al adoctrinamiento masivo que se está haciendo en los centros educativos a fin de persuadir a los y las adolescentes de que los malestares que viven desaparecerán mágicamente con unas pastillas y una operación sin mayor transcendencia. No aceptamos que una cría de 15 años (e incluso menos) está capacitada para autodiagnosticarse.

No estamos dispuestas a ser calificadas de cis, ni de personas menstruantes, ni de progenitores gestantes, ni de ninguno de esos palabros de la neolengua que los spin doctors han puesto en circulación porque saben que, como explicaba Orwell en su novela *1984*, cualquier manipulación ha de asentarse y basarse en la adulteración del lenguaje.

Y lucharemos por nuestros derechos y contra la arbitrariedad sin desmayo, con tesón y durante tanto tiempo como sea necesario.

editorialfeministavs.com